

te dall'autore e le ricorrenze intertestuali con le sue altre opere. La traduzione italiana è precisa ed elegante, il commento ai singoli passi è imponente e al più possibile esaustivo.

L'edizione è un risultato meritorio della filologia italiana dei nostri giorni che deve essere presente tra i *libri peculiari* di tutti quelli che si interessano di Petrarca e della produzione storiografica del primo umanesimo.

Péter Ertl

Univ. Eötvös Loránd, Budapest



Lourdes Ortiz: Don Juan, el deseo y las mujeres. Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2007, 301 pp.

Lourdes Ortiz en su ensayo recoge uno de los mitos eternos de la literatura universal. Don Juan es una figura atemporal que levanta interés tanto en la Península Ibérica, como en Inglaterra, Austria o Italia, desde los Siglos de Oro hasta hoy día. El ensayo se compone de una parte introductoria y de siete capítulos, en los cuales se ofrece el análisis de esta figura literaria representada en las obras más importantes inspiradas en este personaje. La idea novedosa del ensayo es presentar la interpretación de los métodos de la seducción donjuanesca, desde el punto de vista de un lector del siglo XXI.

La historia de Don Juan y de sus víctimas es archiconocida, la bibliografía que se dedica a su estudio es casi infinita. Don Juan es un burlador, el que engaña y deja los corazones destrozados, que salta de flor en flor. Entonces, ¿por

qué leer este libro? Simplemente porque ya la parte introductoria recoge el repertorio de los instrumentos de seducción de Don Juan y los compara con los del siglo XXI, es decir, con la cultura contemporánea. ¿Cuáles son los medios de este burlador?—nos plantea la autora. Ante todo, según Lourdes Ortiz, son las palabras. Don Juan tiene el don de hechizar con lo que dice, sabe perfectamente cómo seducir a sus víctimas, sabe que quieren oír para entregarse. Les promete matrimonio, fortuna, sus poderes, su prestigio, su dinero... todo lo que haga falta para conseguir lo que él quiere. El siguiente instrumento es la máscara, el disfraz. Don Juan finge ser alguien que no es, engañando así a su presa, porque el disfraz hace posible que sólo hablen los cuerpos. En la época que vivimos el disfraz, la máscara, según la autora del ensayo, es la pantalla del ordenador. En los diferentes *chats* los participantes inventan un perfil atractivo, fingen una vida interesante, cambian de sexo si hace falta, en fin, mienten con la habilidad de Don Juan “precisamente porque Internet permite camuflar al Don Juan, o, por el contrario, crearle de nuevo” (p. 23).

La autora dedica un capítulo a la comparación del Don Juan de Tirso de Molina y el de Molière. El Don Juan de Tirso es un descreído que dedica su vida a las fiestas y los engaños, en cambio, el Don Juan de Molière es un individuo complejo que reflexiona antes de actuar. En esta obra se dialoga y se razona mucho, Don Juan explica su conducta. “Pero no es el capricho que lo mueve, en todo caso un capricho que sustenta en sólidas razones, por eso de algún modo podríamos decir que es ahí, en el Don Juan de Molière donde el personaje adquiere

un peso que le va a convertir en ese precedente del libertino escéptico del XVIII y al mismo tiempo en una adalid de la libertad frente a las normas morales y rígidas y el recurso constante a la voluntad de los cielos” (p. 112).

Lourdes Ortiz abandona el terreno de la prosa y presenta el análisis de la ópera *Don Giovanni* de Mozart. Don Giovanni seduce con la música, apuesta por la vida, por tanto es un personaje que se deja llevar por el momento, pero ya no es el gamberro de Tirso o el cínico de Molière... Hay algo muy atractivo en él y es, según Lourdes Ortiz, la sexualidad instintiva. Sólo existe el aquí y ahora, el presente y esta urgencia se contagia. La autora destaca la importancia de la música de la ópera porque “perturba, tiene un lenguaje propio, poderoso, una cadencia que sugiere y marca que dulcifica o potencia las acciones. La música tiene una dramaturgia propia que acompaña a la acción, pero que la condiciona y la dirige en el receptor” (p. 143).

En el ensayo también se nos presenta un Don Juan diferente, romántico y callado. Se trata del Don Juan de Lord Byron. Esta figura donjuanesca es melancólica y soñadora, “recrea un tipo de hombre muy diferente del Don Juan de Tirso, de Molière o de Mozart” (p. 176). No es un seductor gamberro, atrae su timidez, su aparente desinterés, su ingenuidad, es como si fuera un anti - Don Juan. El que verdaderamente desempeñará el papel de Don Juan es Byron, según Lourdes Ortiz, porque constantemente comenta el poema con sus opiniones, sus reflexiones, sus condenas o sus aplausos. “Es como si se estuviera mirando a sí mismo desde lejos, su infancia, a sus primeras emociones, como

si se contemplase con una mirada afable desde sus treinta años, esos treinta años que tiene al comenzar a escribir el poema, treinta años escépticos y ya desencantados” (*idem.*).

El ensayo no sería completo sin la presentación del Don Juan de Zorrilla. ¿Cómo es, pues, este Don Juan “nacional”? Zorrilla vuelve a las raíces y convierte a la figura de Don Juan en un personaje irreflexivo, insolente, altivo y malcriado. Estamos ya en el siglo XIX, por eso, en vez de utilizar espada, saca su pistola cuando haga falta y juega en el casino.

Desde el punto de vista de la crítica feminista, el capítulo titulado ‘Vampiresas, gatas, tigresas el donjuan de nuestros días’ tiene gran importancia. Es un capítulo diferente de los otros, porque intenta estudiar el posible “donjuanismo femenino” (p. 237). La palabra *donjuan* se utiliza en la expresión coloquial, designa a rompecorazones masculinos. Pero en nuestra cultura, hoy día se podrían encontrar casos en que una mujer se comportara como el don Juan del siglo XIX. Según Ortiz este fenómeno se debe a que en este mismo siglo se inicia la liberación de la mujer, cuando la mujer comienza a reivindicar su igualdad de derechos, “es decir, cuando a finales del siglo XIX empieza a sentirse dueña de sus decisiones y de su cuerpo y, cómo no, también de su goce, se convierte en un peligro, en alguien a quien hay que domar” (p. 243). Las grandes figuras femeninas de la época no son Doña Juana, no son gamberras que tomen la vida por bandera, pensemos—nos aconseja Lourdes Ortiz—en Madame Bovary o en Ana Karenina. El único personaje femenino que se aproxima al de Don Juan, es Carmen.

Ella también se convierte en mito, nacen varias obras sobre su figura, pensemos en la famosísima ópera de Bizet o en la *Carmen* de Merimée. Carmen es una gitana apasionada, loba, salvaje y fuera de la ley. Hechiza con su danza, sus movimientos, su cuerpo. Una mujer peligrosa, enredadora, “con una constante voluntad de libertad” (p. 261). No obstante, al final del capítulo, Ortiz concluye: “Pero decir que Carmen es una Doña Juana sería rebajarla. Ella no necesita otro nombre. El suyo es tan simbólico ya, tan mítico, como el de Don Juan. Carmen es simplemente Carmen” (p. 262).

Finalmente se puede concluir que el ensayo es una magnífica presentación y análisis de las diferentes figuras donjuanescas que han surgido desde los Siglos de Oro hasta la cultura contemporánea. La autora sutilmente compara los personajes donjuanescos, desde el punto de vista de la crítica feminista y presenta un interesante estudio de las grandes figuras femeninas de la literatura universal comparadas con Don Juan. Tal vez el ensayo hubiera sido aún más completo con la presentación detallada de otras figuras donjuanescas como el personaje creado por Max Frisch o Ramiro de Maeztu. Aún así podemos afirmar que se trata de un análisis minucioso, con ideas originales y reinterpretables en el futuro.

Katalin Kanozsay

Univ. Católica Pázmány Péter, Piliscsaba